



En nuestra economía occidental nos cuesta reconocer y tratar el alimento como un regalo de Dios, que recibimos para compartir.

El alimento es un regalo

por Ron Flaming

¡Juro por el Señor, Dios de Israel, a quien sirvo, que en estos años no lloverá, ni caerá rocío hasta que yo lo diga!
—1 Reyes 17,1 (DHH)



Estas son las palabras del Elías, un profeta de Dios que se presentó en la corte del rey Acab un día en Samaria para declarar el disgusto de Dios por el culto que Acab rendía a Baal.

Adentrándonos en la historia, vemos dos cuervos que traen alimento a Elías en el desierto. Y más adelante Dios suplente una provisión inacabable de harina y aceite para alimentar a Elías y su anfitriona mientras dura la sequía y el hambre.

El hecho de que el alimento que comemos es un regalo de Dios se ve fácilmente en una historia bíblica como esta, en tiempos de sequía cuando los reyes pretenden vivir a su antojo, a espaldas de Dios. Sin embargo una historia así, situada tan en el pasado, nos resulta inverosímil hoy día.

Tampoco es que pensemos como Acab en cuanto a la procedencia del alimento. Él estaba convencido de que si la tierra producía era porque Baal, el dios de la tormenta, mandaba las lluvias. No, nosotros tenemos bien centrada nuestra teología. Sabemos que es el Señor el que manda las lluvias y hace que el campo produzca alimento.

Sin embargo, a todos los efectos prácticos, vivimos como si pensáramos como Acab. Si nos preguntasen de dónde viene lo que comemos, ¿qué es lo primero que se nos ocurriría decir? Nuestra experiencia de a diario nos enseña que los alimentos vienen del supermercado y la panadería y la carnicería, o de la pizzería y el restaurante. Basta con preguntárselo a cualquier niño de 3 años. En el mejor de los casos, si está bien enseñado, tal vez diga que la comida viene del campo y de la granja.

Somos como Acab. En nuestra experiencia concreta, en nuestro día a día, no solemos reflexionar que nuestra alimentación es un regalo que procede de Dios.

Si tienes el hábito de dar gracias antes de comer —y si lo haces con reflexión y atención a lo que dar gracias supone— estás realizando un acto simbólico importante de reconocimiento de que el alimento es un regalo de Dios. Pero existen dos trabas importantes en nuestra vida de a diario, que se nos interponen estorbando nuestra percepción de que el alimento es un regalo que nos da Dios de pura gracia divina.

Primero, nuestro alimento viene de grandes fábricas, procesadoras y distribuidoras, que nos lo empaquetan y pesan en cantidades uniformes en perfecto estado de conservación y con fecha de caducidad claramente indicada.

Luego también, el origen divino de nuestro alimento se pierde de vista en nuestra actitud de consumidores que reivindicamos nuestros derechos. No nos importa de dónde sea que viene el alimento porque nos lo tenemos merecido: es nuestro derecho. Nos estamos gastando en estos productos un dinero que nos hemos ganado con mucho esfuerzo.

Así hemos acabado por pensar que el alimento nos llega como consecuencia natural y necesaria de nuestro trabajo. Decir que es un regalo, un don divino, parecería rebajar el valor de nuestro trabajo, así como la labor que realizan todas las personas que se dedican a la industria de la alimentación, desde las labores del campo y la granja, pasando por las plantas procesadoras y hasta los transportistas y los

También en este número:

Riquezas injustas	3
El secreto del matrimonio	4
Testimonio: Cristina en Asia	6
Noticias de nuestras iglesias	7
El libro de Lucas	8

Desde luego, puesto que vivimos en este mundo socioeconómico occidental, que asigna un valor supremo a los «derechos del individuo», decir que «comer es un derecho» es una manera eficaz de movilizarnos para alimentar a los que padecen hambre.

minoristas que nos lo entregan. Entonces nos cuesta aceptar que el alimento sea un regalo.

Incluso en nuestros esfuerzos por alimentar a los que padecen hambre en el mundo, hablamos del alimento como un «derecho» de cada individuo. Desde luego, puesto que vivimos en este mundo socioeconómico occidental, que asigna un valor supremo a los «derechos del individuo», decir que «comer es un derecho» es una manera eficaz de movilizarnos para alimentar a los que padecen hambre.

En nuestra economía es por el concepto de derechos individuales que reconocemos el valor y la dignidad de las personas. En nuestra economía los valores humanos más elevados se consagran como derechos. Entonces reclamamos el alimento como un derecho y, motivados por sentimientos caritativos, insistimos en reconocérselo a cada persona sin excepción.

Vivimos en una economía mortal, donde el alimento se ha utilizado como arma de guerra, como artículo de consumismo y derroche y también como un derecho humano. Viviendo en esta economía nos cuesta ver y entender la economía de Dios, donde el alimento es un regalo de la gracia y providencia divinas.

El caso es que el alimento es un regalo del Dios Creador. La gente recibe alimento en la medida que colaboramos juntamente con Dios en la economía de la creación divina. Pero si Dios nos da alimento de pura gracia, ¿cómo es que existe al hambre en el mundo?

Hay por lo menos dos factores que contribuyen al hambre en nuestro mundo hoy: (1) el hambre provocada por desastres naturales o por la guerra, donde el alimento no se produce o se destruye, como es el caso en África subsahariana; y (2) el hambre provo-

cado por nuestro sistema económico, hambre que padecen algunos a pesar de vivir en países ricos, o que padecen campesinos en algunos países de América Latina, cuyas economías producen alimentos de exportación a pesar del hambre en casa.

Un día me encontraba haciendo un voluntariado en un punto de distribución de alimentos donados, cuando llegó una mujer que pedía algo para sí y para sus dos hijos pequeños. Preguntó si no había verduras o fruta de la estación. Pero lo único que teníamos eran botes de productos en conserva, envasados en raciones de emergencia, y algo de pan que había sido donado. Mientras ella me comentaba su necesidad de pañales para su bebé llegó una furgoneta. En otro lugar de la ciudad habían estado recogiendo y repartiendo donaciones de alimento y traían lo que les había sobrado. Entre lo que traían había como dos docenas de cajas de fruta —algunas llenas hasta arriba.

No vi alas de cuervo ni tampoco estaba rotulada la furgoneta a nombre de «Viuda de Sarepta e Hijos», pero el caso es que la fruta llegó precisamente en el momento necesario para ayudar a esa familia.

Pude entender que se trataba del mismo tipo de evento como lo que vivió la viuda en la aldea de Sarepta hace muchos siglos, cuando compartió con el profeta Elías lo poco que tenía para comer. El alimento es un regalo de Dios, que nos da para que lo compartamos. El alimento es algo que recibimos de pura gracia. Y de pura gracia hemos de compartir.

Jesús dio gracias por el pan, lo repartió y comió. Hagamos nosotros lo mismo.



De vez en cuando sucede algo que nos hace caer en la cuenta de la realidad del reinado de Dios. En esos momentos vemos claramente que somos ciudadanos de otra economía, la de la Creación de Dios. El entramado artificial de nuestra sociedad y economía desaparece por un instante de claridad meridiana. Y podemos entender qué es el alimento: Un regalo que procede de la generosidad de Dios. Sólo entenderán «los que tienen ojos para ver».

¿Cómo conducirnos como criaturas de la economía de Dios —una economía basada en dones a repartir con la misma generosidad de la que recibimos?

Si seguimos el ejemplo del hombre de Dios y la viuda de Sarepta, recibiremos nuestro alimento como algo que nos ha dado Dios. Trataremos este regalo con el respeto que se merece tan importante y esencial don divino. Lo trataremos conforme al ejemplo que nos dejó la Palabra encarnada. Recordaremos lo que hizo Jesús cuando comía con sus amigos. Dio gracias por el pan, lo repartió y comió.

Hagamos nosotros lo mismo.

—Traducido por D.B
con permiso para El Mensajero de
© The Mennonite, 18 sept. 2007

Riquezas injustas

Y Jesús comentaba con los discípulos el caso de un rico que tenía un administrador de sus negocios acusado de malversar sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: «¿Qué es esto que oigo sobre ti? Entrégame la documentación de tu gestión, porque ya no puedes seguir como mi administrador». Entonces el administrador se dijo: «¿Qué haré? —porque mi patrón me despidió del puesto. No tengo fuerzas para cavar y me avergüenza mendigar. ¡Ya sé lo que haré para que cuando me echen de la administración me reciba la gente en sus casas!» Y llamando de a uno a los que estaban endeudados con su patrón le dijo al primero: «¿Cuánto le debes a mi patrón?» Éste le contestó: «Siete mil litros de aceite». Entonces le dijo: «Aquí tienes un contrato. Siéntate y escribe tres mil quinientos». Luego al siguiente: «¿Y tú cuánto debes?» Éste le dijo: «Cuarenta toneladas de trigo». Le dice: «Toma, pon treinta».

Y el Señor opinaba que el engaño del administrador era loable, que había actuado sabiamente: «Porque en estos tiempos que corren, los que no tienen escrúpulos va a ser que son más listos que los que se creen puros. Además os diré: Hacedos amigos con la riqueza injusta, para que cuando ésta se esfume, tengáis dónde alojarnos» (Lucas 16,1-9).

Estos versículos del evangelio según Lucas, que normalmente se tienen por parábola y no como comentarios sobre un caso real, han dado lugar a interpretaciones de lo más variadas, entre las que esta traducción que acabo de hacer del griego probablemente es una de las más raras.

Entiendo que la gestión del administrador era realmente deplorable y que no existían los papeles que su patrón le pedía, porque negociaba de palabra y sin contratos escritos. Esta manera de funcionar se prestaba claramente a abusos —reales o imaginados— y no me sorprende que alguien se haya quejado al patrón. Como se le exige entregar documentación por escrito, ahora se pone a trabajar furiosamente para producir esos papeles.



Fragmento de papiro griego con contrato de compraventa.

Pero él ya ha perdido la cuenta de lo que deben y tiene que preguntárselo a los propios deudores.

Aquí es importante suponer que nadie sabe todavía que el administrador ha sido cesado. Si los clientes del patrón lo supieran, exigirían tratar directamente con el patrón o con el administrador nuevo que pusiera. Ahora bien, lo más probable es que el primero que llega sabía muy bien que debía ocho o diez mil litros de aceite y no siete. Cuando se lo preguntaron, dio la cifra de siete mil pensando que se abriría un regateo donde el administrador diría: «Hombre, no, que yo estoy seguro que eran quince mil»... y que entonces le darían vueltas y vueltas al asunto hasta llegar a una suma de común acuerdo.

Pero el administrador cesado tiene prisa por firmar papeles —porque el patrón se los está exigiendo— y además quiere quedar bien con el cliente, para que lo reciba en su casa como todo un amigo. Entonces, en lugar de regatear por lo alto, rebaja más todavía la cifra.

Está claro que el patrón no tenía ni idea de los negocios que se gestionaban en su nombre. De lo contrario el administrador tenía que saber que estos papeles firmados a última hora lo llevarían derecho a la cárcel o a la horca. Pero la hacienda del patrón era seguramente hereditaria; y tan enorme que ni siquiera la pésima gestión del administrador lo podían arruinar. Los nobles de la era imperial romana se dedicaban al ocio y a la política y estaba mal visto que mostraran demasiado interés en los negocios. Sin embargo alguien le habló mal del administrador —y para no quedar como un tonto, ahora lo despidió.

Me parece, entonces, que hay dos puntos esenciales para entender el comentario aprobatorio final de Jesús sobre este caso que comentaban sus discípulos:

1. El patrón es un típico noble de la época, al que no le interesan los negocios. Tiene la cabeza en otras cosas, que él considera mucho más importantes.

2. El administrador está cesado pero todavía le queda un pequeño margen de tiempo. Unas horas o unos días, hasta entregar los papeles y que se haga público su despido.

Así las cosas, entiendo que Jesús traza un paralelo entre el desinterés del noble por los negocios, y su propia estimación de la riqueza como cosa «injusta».

Todo lo que podemos poseer en esta vida no es nuestro sino de Dios. Nosotros no somos más que administradores de bienes ajenos. Por eso la riqueza es una injusticia. Dios provee mediante su creación para todos, pero algunos acumulan mucho más que lo que les corresponde y a otros les falta lo más esencial y elemental.

En esta sección del evangelio el tema parece ser el dinero. Inmediatamente antes de este relato, en la Parábola del Hijo Pródigo, Jesús ya había observado lo efímera que es la felicidad que pensamos que nos pueda aportar la riqueza; y que lo único que de verdad importa es la familia —y por extensión, el amor y el perdón de Dios. Y en los versículos inmediatamente a continuación (Lu 16,10-13) Jesús vuelve a arremeter contra las riquezas, llegando al extremo de declarar que no se puede servir a dos señores y que hay que elegir entre servir a Dios y estar al servicio de las riquezas. Esto nos recuerda algún comentario apostólico a efectos de que la avaricia viene a ser idolatría (Col 3,5). Pero los fariseos se burlan de Jesús. Les provoca risa su actitud tan idealista y su desprecio de la riqueza como cosa «injusta» (Lu 16,14).

En cuanto a nosotros, estamos tan en crisis como aquel administrador. Se acerca irremisible el día cuando hemos de justificar ante Dios nuestra gestión de los bienes que él nos ha confiado. Dios no quiere hacer negocio con nuestro dinero (que es suyo). No le interesan nuestras riquezas acumuladas, que él considera injustas. Lo único que espera de nosotros es que sepamos utilizar nuestras posesiones (que son de él) para fomentar el bienestar y la armonía entre los que nos rodean. Prefiere vernos derrochar con un alocado exceso de generosidad —puesto que se acerca el día cuando nuestros bienes de nada nos servirán— antes que aferrarnos a la injusticia de la riqueza material.

Nos quedan unas horas o tal vez unos días, pero el tiempo apremia. Hay que actuar ya.

¡Ay de mí, pobre pecador, que esto lo puedo entender y hasta explicar; pero que padezco la ansiedad y los temores de este mundo por el dinero! ¡Aumentanos la fe, Señor!

—D.B.

¿Cuál es el secreto del matrimonio?

por Michael A. King

Nuestro hijo africano (que lo es como resultado de que nuestras dos familias nos «adoptamos» mutuamente cuando nuestra hija vivió un año con la suya) escribió: «Sr. y Sra. King, me gustaría saber cuál es vuestro secreto para el matrimonio». Quería saberlo, decía, porque ve que tantos de los que se casan se acaban divorciando. Nos entristeció esta evidencia de que el divorcio es una tragedia que está presente en todas las culturas; y nos conmovió su interés en nuestro matrimonio, que nos estimuló a pensar en el tema.

Muchos de los matrimonios de nuestros amigos no han permanecido. Hemos visto abrirse abismos hasta que ya era imposible cruzarlos. Hemos tenido que hacer frente a la situación incómoda de tener que adivinar a cuál de los *ex* invitar a alguna fiesta para nuestros hijos, según el tipo de actividad.

¿Por qué seguimos casados? No es porque seamos perfectos, según nuestros hijos, que se escapan a sus habitaciones cuando irrumpe una de nuestras infames «negociaciones» entre Michael y Juana. No es porque se cumpliera lo de «fueron felices y comieron perdices»; nos hemos cavado alguna brecha que otra en la relación. A veces pensamos con añoranza en la «pasta» que nos gastamos en consejería matrimonial aquellos primeros años de nuestro matrimonio. Si en lugar de gastar el dinero en consejería hace décadas lo hubiéramos invertido, quizá más adelante, cuando hemos tenido necesidad de él, habríamos podido utilizarlo —y las ganancias generadas— para sortear la situación con relativa comodidad.

¿Cuál es nuestro secreto? Probablemente no haya ningún secreto. Nos hemos visto obligados a aprender —muchas veces de nuestros errores— y contando con la inexplicable gracia de Dios, una combinación muy nuestra de los mismos principios que practican casi todos los matrimonios que consiguen permanecer unidos en medio de la tormenta de presiones que

Según las matemáticas de la investigación de John Gottman, un matrimonio necesita cinco interacciones positivas por cada interacción negativa. Si se cae por debajo de 5 a 1, empiezan los problemas graves.

hacen que, estadísticamente, las probabilidades de éxito no superen el 50%.

¿Cuáles son esos principios? No alegamos conocerlos todos. Quizá haya diez, de los que cada matrimonio tiene que escoger aquellos que les resultarán más útiles. En cuanto a nosotros, cuantos más años pasan, parecen resumirse en tres.

Serán los tópicos de aprender a negociar sobre dinero, sexo y poder, ¿no? Hubo cuando quizá fue así. Los primeros años de nuestro matrimonio parecían girar en torno a ese trío tan clásico. Una y otra vez tuvimos que superar nuestros malentendidos y nuestra discordia sobre esas tres áreas de la convivencia. Pero en medio de una problemática tan compleja que se han escrito tomos enteros sobre cómo cada cuestión influye en el matrimonio, hemos descubierto tres principios más sencillos y menos conflictivos. Ahora mismo, nuestros tres principios esenciales serían:

1. Compartir una misma misión, un mismo propósito. Cuando primero nos conocimos, Juana con menos de 20 años y yo sólo un poco mayor, cada uno soñábamos con hacer algo que nos llevara más allá de lo que se supone que espera de la vida todo el mundo. Juana se debatía en la cuestión de si ir a Rusia como misionera. Yo hice investigaciones sobre la posibilidad de ir a Polonia con alguna agencia menonita de servicio social. Ninguno de esos sueños se hizo realidad. Sin embargo muchas veces, es-



tas tres décadas después, hemos descubierto que una de las cosas que más nos unen es ese anhelo —que compartimos— de hacer siempre algo más con nuestras vidas. Nos hemos pasado horas enteras escuchando el sentido de llamamiento que cada cual ha necesitado expresar, amén de explorar qué es lo que nuestras almas nos llaman a ofrecer conjuntamente, como pareja.

2. Ser amable uno con el otro más veces que lo contrario. Hace poco me crucé con «la proporción mágica» de John Gottman, que está basada en la investigación con cientos de matrimonios. Según sus matemáticas, un matrimonio necesita cinco interacciones positivas por cada interacción negativa. Si se cae por debajo de 5 a 1, empiezan los problemas graves.

Puse este principio a prueba de una manera admitidamente poco elegante: Empecé a llamar a Juana por teléfono, informándola de que sencillamente intentaba acercarme más a ese 5 a 1 mágico. Curiosamente, incluso el resultado de esa forma tan torpe de procurar alcanzar la meta nos sorprendió a ambos, derivando en momentos tiernos que nos llenaban a los dos de una sensación de energía nueva.

3. Las hojas. Sí, las hojas. Empezamos nuestra relación cuando éramos estudiantes, y solíamos echarnos sobre la moqueta de la biblioteca de la Universidad Menonita del Este (USA), debajo de las mesas de estudio, donde nos pasábamos el rato

charlando. Un día, allí bajo una de las mesas de la biblioteca, empezamos a hablar sobre las hojas. Era otoño y como suele ser el caso en el campus de aquella universidad, las hojas habían tomado unos tonos brillantes, de gran belleza. Descubrimos que a ambos esa belleza nos producía una especie de melancolía de espíritu, una sensación que al compartirla entre ambos se hacía más honda y tierna.

Las hojas han llegado a constituir para nosotros una especie de taquigrafía. Representan todo lo que hay en la creación de Dios que hace que nuestros espíritus no sólo sientan un anhelo de la belleza exterior sino que respondan también al placer de compartirlo juntos —sean los chopos del sudeste de Estados Unidos, cuando amarillean en el otoño; los árboles de mango en África, o los arces de nuestro jardín cuando el otoño los pone de un rojo intenso.

Ahí lo tienes, hijo: Una misión en común. Ser amables más veces que lo contrario. Las hojas.

—Traducido por D.B.,
con permiso para El Mensajero, de
© The Mennonite, 2 oct. 2007

Cuando nos encontramos agotados,
Dios abre un camino a través de las
aguas profundas.
Nos movemos hacia delante en esperanza,
pues Dios hace cosas nuevas.

Cuando nos hallamos vacíos y
cansados
de cosas que no satisfacen,
Dios vierte agua que devuelve vida.
Nos volvemos de la destrucción,
hacia Su gracia.

Cuando el oscuro temor nos envuelve,
Dios nos recoge juntos
en refugio seguro.
Buscamos la luz del rostro de Dios.

Cuando entramos en el vagar
del desierto y la tentación,
la mano de Dios nos libra.
Confesamos nuestra confianza
en un Dios Salvador.

Cuando nos perdemos y estamos
lejos de Dios,
él se agacha a recibirnos con brazos
abiertos.
Nos levantamos y entramos
en una fiesta de reconciliación.

Tradujo Connie Bentson Byler, de sendas portadas de boletines dominicales de la iglesia Clinton Frame Mennonite Church, de Indiana (USA).

Testimonio

por Cristina Bundy Abreu (de 15 años)
Iglesia Hermanos en Cristo, Madrid

Queridos amigos,

En julio de este verano pude viajar a una república asiática con un equipo de JCUM. Es una experiencia que nunca olvidaré. Gracias a todos los que hicieron posible que yo tuviese esta oportunidad. Me ha costado escribir sobre lo que viví allí, en parte porque no tuve las experiencias que esperaba. Y aunque casi nunca me quedo sin palabras, esta vez me ha pasado y mi iglesia también se ha quedado sorprendida.

Mi viaje se puede dividir en tres partes: la primera semana, la segunda, y los últimos diez días. La primera semana fue relajante. Casi todo el tiempo estuve haciendo turismo con una compañera, Marisa, mientras nuestro líder, Kenny, preparaba el primer campamento ya que él era el líder de alabanza. Al mismo tiempo, Eva estaba en la oficina ayudando a traducir muchísimo material del inglés al español para el campamento, aunque de vez en cuando nos acompañaba. Marisa y yo fuimos a conocer el Monte Peaje, la calle de Damas, el Gran Buda, el Ferry, y muchas cosas más. También pude traducir algo para ayudar. Me resultó emocionante por ser la primera vez que oficialmente hacía traducción.

La segunda semana pude estar en un campamento y formar parte del grupo de monitores. Ayudé dos veces con los niños. Los niños de mi grupo venían de Suecia, así que era muy difícil comunicarme con ellos y ser su maestra. Pero sólo me tocó hacerlo un par de horas. También disfruté de los tiempos de alabanza. Este campamento nos ayudó a prepararnos para todos los otros campamentos que se iban a realizar en Asia, unos treinta o cuarenta. El campamento más grande iba a ser «Luz en tu corazón». Casi todos iban a ir a éste.

Durante estas dos primeras semanas intenté centrarme en la Palabra de Dios. Quería entender los planes del Señor. Pero Dios sólo me hablaba de



una cosa: «Sirve... , sirve... y sirve. Yo haré el resto. Tú sírveme solamente.»

Esa segunda semana hubo tensiones dentro de nuestro grupo, y podíamos sentir que estábamos bajo ataque. Lo que queríamos hacer no era del agrado del enemigo. Me sentí sola y frustrada porque todos estaban frustrados. Me fue difícil sentir la presencia de Dios. También me sentí sola porque había una diferencia de edad con los demás.

La tercera semana fue la más desafiante. Mis amigos estaban entre los monitores y no pude estar mucho tiempo con ellos. De todos modos, pude participar del campamento «Luz en tu corazón» como una acampante más, junto a otros de instituto. Allí pude hacer muchas actividades, jugamos muchísimos juegos para conocernos, conectar y desafiarnos. Fuimos a la isla de sobrevivientes, vimos la Gran Muralla y visitamos una residencia de ancianos. Hubo huérfanos que vinieron al campus universitario donde nos alojábamos y pudimos prepararles una mini olimpiada.

Cuando llegué a este campamento tenía un objetivo. Iba a servir. Así que los primeros cuatro días del campamento... serví. Para el cuarto día estaba quemada. Empecé a estar enfadada con algunos y a tener un corazón que no perdonaba. Cuando esto ocurrió, me di cuenta que no estaba pasando tiempo escuchando la voz de Dios y decidí dejar de servir. Al

mismo tiempo empecé a quejarme de todo lo que había a mi alrededor. En ese campamento muchos entregaron sus corazones a Jesús. Sin embargo, por culpa de mis quejas me perdí el gozo que compartían. El último día del campamento no pude participar en el acto de clausura de ceremonias. Fue en el aeropuerto cuando me di cuenta de lo que había hecho: había desperdiciado mi tiempo durante esos últimos días. Me sentí culpable. Pero esto me ha enseñado que debo pararme durante el día y esperar en el Señor, escuchar su voz y obedecerle.

Habría muchas más cosas para contar, pero no acabaría de escribir. Gracias por vuestras oraciones y por leer esto.

Nota adicional: Merly opinó, en un correo enviado a Connie: «Cristina volvió muy cambiada».

Noticias de nuestras iglesias

Encuentro Menonita en Málaga

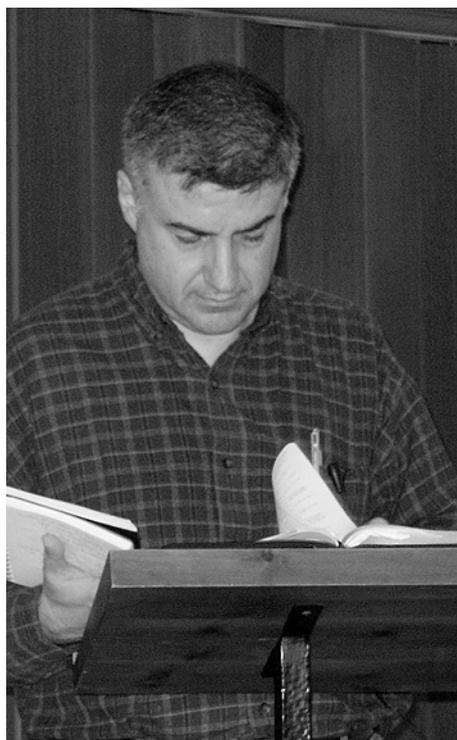
Málaga, 12-14 de octubre — «Un recorrido por la figura de Jesús». En el Centro Ecuménico que la Iglesia Evangélica Española tiene en la localidad de Los Rubios (Málaga), cristianos menonitas de distintas provincias andaluzas se dieron cita para estudiar la figura de Jesús a través de tres conferencias impartidas por el Dr. en Filosofía y Teología, D. Antonio González, que actualmente es profesor de Cristología en el Seminario Evangélico Unido de Teología, de El Escorial (Madrid).

En su primera charla del viernes 12, el Dr. González concentró su disertación en la «*Visión del Jesús Histórico*»; la segunda —sábado 13— versó sobre «*El Proyecto y la Misión de Jesús*»; y la tercera, que constituyó su predicación dominical en el culto unido con los hermanos de la congregación evangélica de Los Rubios, completó el ciclo de charlas, y se tituló «*La nueva creación, los discípulos de Jesús hoy*».

A lo largo del enriquecedor fin de semana también hubo lugar para relajación, los paseos a la orilla del mar, la convivencia entre hermanos, la música y los juegos, y hasta un culto ecuménico de oración con el grupo de Taizé en Málaga, que cordialmente accedieron a cambiar su fecha de celebración para que pudiéramos participar en él los menonitas.

La organización del encuentro corrió a cargo de la Comunidad Menonita de Málaga, coordinado por José Fernández y su esposa María José. El grupo de alabanza se vio reforzado en esta ocasión por Nancy y su flauta, que vino con su esposo Manolo desde Almería. Y los interesantes y divertidos juegos de base bíblica, corrieron a cargo de Liliana y Analía. Aunque lo más divertido fue, sin duda, la sesión de Karaoke, donde todos, absolutamente todos, mostraron sus «dotes» artísticas.

—Manolo Martínez



Los libros de la Biblia

Lucas

Seguramente el rasgo más singular del evangelio según Lucas, es que no se tiene solo como relato de la vida, obras y palabras, muerte y resurrección de Jesús. Lucas es el primer tomo de una obra de dos tomos, siendo el segundo el de los Hechos de los Apóstoles. La continuidad entre las dos obras es evidente. Y en su concepción global como obra de dos tomos, Lucas demuestra la singularidad de su visión del proyecto que supone escribir un evangelio, en comparación con Mateo, Marcos y Juan, que dan por bueno concluir con la resurrección.

En Lucas-Hechos, entonces, el punto de inflexión es esa secuencia de hechos compuesta por la resurrección y ascensión de Jesús al cielo —y en los cuarenta días entre una cosa y la otra, el comisionado de los apóstoles para llevar el evangelio hasta lo último de la tierra. Con estos hechos concluye el evangelio según Lucas; y con su reiteración arranca el libro de Hechos.

La primera cosa a deducir del lugar medular de estos hechos, es que el Jesús de Lucas es el Mesías de los judíos y Señor de la humanidad. Su ascensión al cielo no es un eufemismo para decir que murió, como cuando decimos de cualquier difunto que «se fue al cielo». Jesús asciende lleno de vida resucitada y con un firme propósito: el de manejar desde allí los destinos del Tiempo y de la Humanidad, hasta que todo culmine en su gloriosa reaparición para culminar su reinado

universal de paz y armonía, justicia y amor.

La segunda cosa está estrechamente relacionada: para Lucas el mensaje de Jesús está en plena expansión. Anunciado inicialmente en la tosca y provinciana Galilea, cuando concluye el libro de Lucas y empieza el de los Hechos, se ha instalado en la capital judía de Jerusalén; y cuando concluye Hechos, ya ha llegado a la capital imperial de Roma. A todo esto el evangelio ha llegado también a Asia Menor —y de ahí cabe sospechar que seguirá en expansión hacia la Mesopotamia, Arabia, Asia Central y la India— y a Etiopía —desde donde cabe sospechar que seguirá difundiendo por el continente africano. Puestos al caso, desde Grecia e Italia, cabe sospechar que llegará a toda Europa. El Dios de Lucas es un Dios misionero, que impulsa la expansión del evangelio hasta los últimos confines de la tierra, en un plan cuya envergadura quita el aliento y suscita admiración.

Llama la atención también en Lucas la singular importancia del Espíritu Santo. El Espíritu, en Lucas, ya está en el anuncio del nacimiento de Juan el Bautista y en la Anunciación y fecundación de María. Elisabet, la madre del Bautista, es la primera persona en ser llena del Espíritu Santo al escuchar el saludo de María; y su padre, Zacarías, es el segundo. ¡Y todo esto sin salir del Capítulo 1! Porque en el Capítulo 2, el Espíritu Santo mueve al anciano Simeón a profetizar sobre el niño Jesús en el Templo; y ya en el Capítulo 3, Juan el Bautista anuncia que Jesús bautizará «con Espíritu Santo y fuego».

El Espíritu del Señor figura destacadamente también al inicio del pasaje de Isaías que lee Jesús, en el Capítulo 5, cuando «en el poder del Espíritu» vuelve a Galilea y a su pueblo de toda la vida, Nazaret, después de las tentaciones en el desierto. Para Lucas, esos versos funcionan como resumen del evangelio de Jesucristo y como contenido programático para la actividad salvadora de Jesús. Por ese

motivo, porque sirven como síntesis del propio evangelio según lo entienden Lucas, merece la pena reproducir aquí esas palabras:

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
por lo cual me ungió
a anunciar la buena noticia a los pobres;
me envió
a predicar a los cautivos absolución
y a los ciegos recuperación de la vista,
a licenciar sin cargos a los derrotados,
a predicar el año agradable del Señor.*

Para Lucas, entonces, el evangelio es eminentemente un mensaje de liberación, el anuncio de una nueva era de bienestar, justicia e igualdad —sin lugar para diferencias de clase social sino, en todo caso, especial consideración para los pobres y los esclavos (es en el sentido de «esclavos» que hay que entender el término «cautivos»). Pero es también una nueva era llena de prodigios y milagros, donde es posible que los ciegos vuelvan a ver (y donde también serán posibles otras muchas clases de curación milagrosa).

El anuncio de la anulación de distinciones sociales se plasma, por último, en el evangelio según Lucas, en el especial esfuerzo que realiza por recoger y mencionar el testimonio de las mujeres que seguían a Jesús y que financiaron su ministerio. Desde el principio hasta el fin ellas se mantendrán fieles a Jesús. Y gracias a Lucas, jamás será olvidada esa presencia femenina en el grupo de los discípulos de Jesús.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita por las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org